

Las vidas secretas de
las mujeres de los asesinos

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The secret lives of murderer's wives*

En cubierta: ilustración © Tatiana Sidorova / iStock

© Lunar Books Ltd., 2026

© De la traducción, Antonio Jiménez Morato

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-08-0

Depósito legal: M-3.496-2026

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Elizabeth Arnott

LAS VIDAS SECRETAS DE
LAS MUJERES DE LOS ASESINOS

Traducción del inglés de
Antonio Jiménez Morato

 Siruela

Nuevos Tiempos

Para Joni y D

Uno

Berryview, California, 1966

Algo tiene este calor que le hace pensar a Beverley Lightfoot en el momento en que encontró la ropa de su marido en la basura.

Hacía un calor sofocante, exactamente igual que hoy, cuando tuvo lugar un cruce de miradas con un enjuto coyote, tras lo cual levantó la tapa del cubo de basura de su vecino y se encontró con la camisa de su marido, en concreto la del estampado a cuadros que le había regalado cuando cumplió treinta y cinco años, salpicada de cáscaras de huevo rancias, posos de café y manchas de sangre.

Parpadea con la intención de borrar la imagen de su mente, coloca el espejo retrovisor y extiende las manos sobre el volante; luego estira los dedos para inspeccionar las uñas que se ha pintado con sumo cuidado esta misma mañana de un inocente color rosa clavel. Frunce el ceño e inclina la cabeza para verlas bien, con la sospecha de que casi alcanza a ver en el esmalte el burbujeo que provoca el bochorno.

Las aceras circundantes están jalonadas con palmeras que parecen a punto de desmayarse, y por ellas deambula una multitud de gente vestida con pantalones pirata y camisetas sin mangas. Esta canícula, tan obstinada que pareciera irradiar de los edificios y los pasos de peatones, hace que a la gente se le embote la cabeza, sobre todo en Berryview, hasta donde no llega la brisa costera, ni siquiera la más leve ráfaga que pudiera arrastrar la bochornosa calima estival.

Este bochorno pareciera haberse instalado desde hace semanas: una ola de calor sobre la que los periódicos no han dejado de publicar titulares centrados en las temperaturas récord junto a las noticias sobre los bombardeos en Hanoi. ¡LA CIUDAD SE ASFIXIA!, advierten entregados a la histeria. MILES DE NUEVAS MUERTES EN VIETNAM.

Los vendedores a domicilio parecen aprovechar la ola y no cesan de llamar a la puerta de Beverley. Llegan con ventiladores portátiles, o bien con voluminosas neveras Coleman, otras veces con máquinas de hielo que sostienen en equilibrio sobre la cadera, el pelo siempre peinado con gomina hacia atrás y una sonrisa maliciosa alimentada por la certeza de que solo ellos facilitan el acceso a un tesoro. Una vez que Beverley se los ha quitado de encima con educación, sale al porche. En todos los jardines de las fachadas, cuidados con esmero detrás de las vallas blancas y los hibiscos florecidos, se puede ver lo mismo: hombres de pie con las piernas separadas y las camisas abiertas, todas iguales a la que encontró en la basura aquel día, empapados por el agua con que los aspersores de riego los rocían.

Beverley se coloca las gafas de sol de montura blanca para protegerse del resplandor que llega desde el aparcamiento. Asfalto pulido y coches caros: hoy no esperaba encontrar otra cosa excepto opulencia. Se endereza en el asiento del conductor de su Cortina para poder despegar los muslos del viejo vinilo. Su vestido, de sarga color crema, con un cinturón que lo ciñe en la cintura y un lazo de seda en el cuello, está ya empapado de sudor. No hay nada que pueda hacer para remediarlo; solo le queda la esperanza de que los focos no sean demasiado brillantes cuando le toque subir al escenario.

Mira de nuevo por el retrovisor. Los rayos de sol se cuelan entre las copas de los árboles y luego se reflejan en las ventanas, lo que provoca un resplandor deslumbrante. Sus dientes se encuentran con el blando tejido del interior de las mejillas y muerde con fuerza. Le molesta la torpe previsibilidad de la que hace gala su memoria, como si fuera el tonto perro de Pavlov

que piensa en las hélices de los helicópteros y luces rojas intermitentes cada vez que la temperatura supera los treinta y pico grados.

Se inclina hacia delante y apaga la radio del coche; luego se coloca el lazo del cuello, frunce los labios y sopla un chorro de aire que al llegar a su pecho nota caliente. *¿Sarga? ¿En serio? ¿Con este calor? Bravo, Beverley.*

Había sacado el vestido del fondo del armario y lo había llevado a la tintorería para esta ocasión especial. Decidir qué ponerse había sido un ritual al que se había entregado durante varios días: horas delante del espejo para probarse cada prenda y así ver cómo le quedaba cada una y comparar combinaciones. Tenía que estar segura de conseguir el equilibrio adecuado. Nada demasiado severo. Nada alegre, por razones obvias. Nada corto. Ni de broma escote. Y por descontado nada rojo.

Se había maquillado a capas antes de quitarse el maquillaje también poco a poco, como si un toque de colorete en un tono melocotón erróneo o una capa demasiado gruesa de rímel fueran algo en lo que la gente fuera a fijarse, aquello que confirmaría esa impresión que habían tenido siempre sobre ella desde la primera vez que la vieron.

Fuera de la ventanilla del coche una multitud de gente bien vestida se dirige hacia la entrada del hotel. Las insignias plateadas y los botones pulidos con esmero refulgen bajo el sol. Son cientos las personas que entran: policías de patrulla, detectives y oficiales del *sheriff* junto a las esposas que visten su uniforme propio: perlas, vestidos ajustados y pendientes que cuelgan como adornos de árbol navideño. Beverley mira sus piernas y suspira. Se ha saltado un punto en las medias nuevas.

Se revisa el maquillaje una vez más y el coche se llena con la voz de su madre. «Con una cara tan redonda como la tuya, Beverley, deberías reconsiderar si el flequillo es la mejor de las opciones». El rímel se ha hecho pegotes en las pestañas inferiores y su nuevo pintalabios Coty parece haberse corrido en sus comisuras. Tiene todo el aspecto de una desquiciada.

Busca su bolso para sacar de él un pañuelo, y al hacerlo se da cuenta de que le tiemblan las manos. De hecho, todo su cuerpo se estremece, como si el miedo hubiera electrificado sus venas. Se da leves golpes en los lados de la boca con el pañuelo; busca el pintalabios para volver a aplicárselo sin saber qué es peor, o bien este calor infernal o acaso la tortura de tener que controlar los nervios. Habrá gente dentro, gente importante, y todos van a mirarla, a escuchar con atención todo lo que diga sin dejar de pensar para sí mismos: «Claro que lo sabía», o «¿No lo sabía? Esta mujer es una buscona, un auténtico desperdicio».

Si hay algo que Beverley ha aprendido en los últimos cinco años es que las otras mujeres viven convencidas de que se hubieran dado cuenta si sus maridos hicieran lo que el marido de Beverley ha hecho. Por supuesto que no lo sabrían, pero les gusta reconfortarse con la idea de que lo habrían sabido. Beverley tiene la elegancia de permitirles que vivan en su propia fantasía.

Vuelve a mirar su reflejo, con el pintalabios en la mano, y al instante lo ve concretamente a *él* al otro lado del aparcamiento. Se encoge todo lo que puede, hasta que los hombros llegan a rozarle las orejas.

—Mierda.

El pintalabios se resbala de sus dedos y cae rodando al suelo del coche.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Se da cuenta, horrorizada, de que se ha manchado de carmesí la parte delantera de su vestido.

Tras arriesgarse a echar otro vistazo, calcula que Roger Greaves está bastante lejos. Incluso a esa distancia puede reconocer su cabello plateado peinado hacia un lado, su uniforme impecable, recién planchado, y su imponente estatura. Su esposa, Enid, se aferra a su antebrazo.

Beverley aguanta la respiración mientras la pareja pasa junto al coche a cierta distancia y luego accede al hotel tras atra-

vesar la doble puerta. Sus ojos se detienen en el cartel que han colocado delante, que tiene unas palabras escritas con tiza.

3 DE JULIO
GALA DE LA POLICÍA DE LOS ÁNGELES
DAMOS LA BIENVENIDA
A LOS AGENTES Y A SUS FAMILIAS.

Acelerada, se aplica polvos en la cara para intentar que disimulen el rubor que le sube al rostro desde el cuello.

Si no entra ahora mismo nunca lo hará.

Y si no entra pensarán que tiene algo que ocultar.

Antes de adquirir el temple para dominarse, se inclina para poder abrir la guantera. Del compartimento saca la vieja petaca de Henry. Sabe que no debería seguir usándola, pero el hecho de beber de esa pequeña botella de acero le parece un acto de rebeldía, aunque sea mínimo. El licor está tibio y siente un delicioso ardor cuando desciende por su garganta. Pasados unos instantes se da cuenta de que quizás se haya enderezado demasiado en el asiento. Cuando ese regusto al ruido estático de la televisión con la que se ha familiarizado le llega al estómago, guarda la petaca, se coloca uno de los rizos del cabello detrás de la oreja y sale del coche.

En el exterior el aire es tan denso que se podría cortar con un cuchillo. Sus dedos crujen mientras comprueba todas las puertas del coche y repite la rutina habitual. Resiste el impulso de comprobarlo una tercera vez. Si no entra ahora empezarán a establecer conexiones que no existen. Serán ellos quienes cuenten su historia por ella.

Se gira hacia las puertas de entrada con marcos dorados, pero algo la hace retroceder. Una mujer joven sale de un Plymouth Barracuda y da un portazo tras de sí. Sus zapatos Mary Jane parecen cachetear el asfalto a medida que se apresura hacia la entrada.

—Disculpe.

Beverley sale corriendo tras ella.

—Señorita, disculpe. ¡Espere!

La alcanza y la agarra por el hombro.

La chica, más que parecida a Jean Shrimpton, con un elegante jersey de cuello alto sin mangas y de unos veintitantos años, como Beverley, se gira y arquea una ceja depilada.

—Siento todo este alboroto, pero es que se ha olvidado de cerrar el coche.

Beverley sonrío.

—Oh.

La mujer lleva sus manos a su clavícula y, al apoyarlas, rozan un crucifijo tan delicado que casi parece translúcido.

—Gracias a Dios —suspira—. Pensé que lo que pretendía era venderme un seguro o algo así.

Beverley se obliga a reír.

—Solo quería ayudar.

La mujer sonrío como si Beverley hubiera dicho algo extraño.

—Seguro que no pasa nada —responde al fin.

Luego se gira hacia el hotel de la gala y mueve una pequeña y preciosa mano.

—Debe de haber trescientos policías ahí dentro. Este es el aparcamiento más seguro de la ciudad ahora mismo.

Puede que sea guapa, pero no es la belleza lo que te mantiene con vida.

Beverley se esfuerza en dibujar una sonrisa al responder.

—Si no cierras el coche alguien podría entrar y esconderse detrás del asiento del conductor.

La mujer la mira sin dejar de parpadear; está visiblemente horrorizada.

—Siempre lo más seguro es cerrar el coche —afirma Beverley.

Los ojos de la mujer se han entrecerrado con evidente disgusto. Sin decir una palabra, se dirige con paso firme hacia su coche, lo cierra con llave y luego casi empuja a Beverley para entrar en el hotel, con el bolso apretado contra el pecho.

El salón de baile está abarrotado y dentro el calor es sofocante. El personal del hotel ha repartido abanicos de papel, y las esposas los agitan, se levantan la melena recogida en colas de caballo para dejar que se airee la nuca y al hacerlo descubren las caras joyas con las que se han hecho en las subastas. Los murmullos atruenan la sala con el tono de bajo barítono de los hombres al contar anécdotas espontáneas de las que son protagonistas: hombros anchos, cabello engominado, un embriagador aroma a Aramis. Algunos de los oficiales visten su uniforme. Otros se alisan las solapas de un esmoquin o bien se colocan la pajarita.

La sala está a oscuras, un contraste que resulta agradable frente a la insolación que puede llegar a provocar el sol de la calle. Las paredes están cubiertas con cortinajes negros. Las lámparas de araña titilan hasta formar un caleidoscópico halo de cristal. Beverley baja la mirada y se acaricia la mancha de pintalabios en la parte delantera del vestido. *Bueno, esto es lo que hay.* Aunque lo único que consigues es dejarlo peor.

Quizás debería haber pedido a Margot que la acompañara, o incluso a Elsie. Eso habría sido todo un espectáculo para los asistentes. *¿Quieren a la esposa de un asesino, damas y caballeros? Pues aquí tienen tres.*

Atraviesa la sala con la mirada fija en el suelo, con la esperanza de que nadie la reconozca por los periódicos.

Beverley siempre ha envidiado a los agentes y a sus esposas. Para ellos, el asesinato no es más que nueve letras garabateadas en un informe. Algo que se comenta durante la cena mientras comen el pastel de carne. No pasan de ser pruebas recogidas en la escena del crimen que se guardan en una taquilla cuando llega el final de la jornada.

Un camarero con cejas como las de Lee Marvin se desliza a su lado y ella se hace con una de las copas de champán de su bandeja, y luego se estira hacia atrás para conseguir otra más. Con una en cada mano se gira de cara a la pared y engulle la primera de un par de tragos, y luego deja la vacía en una mesa

cercana. Se lleva la otra a los labios, aunque a continuación lo piensa mejor: la mantendrá en la mano para tener algo que hacer.

—Señora Lightfoot.

El sobresalto le eriza toda la piel. El joven que tiene delante parece salido de un anuncio. Debe tener más o menos la misma edad que Beverley, mucho más joven que la mayoría de los oficiales de la sala. No puede evitar imaginarlo en medio de un partido de tenis, con sus piernas bronceadas y sus ajustados pantalones cortos blancos.

—En realidad ahora soy la señorita Edwards —dice, y sostiene su mirada más tiempo del que le puede resultar cómodo.

Se niega a usar «señora». La señora Edwards es su madre.

—Señorita Edwards.

Él le muestra los dientes y ella siente que le arden las puntas de las orejas.

—Invitamos a los ponentes a que se relajen entre bastidores. Tiene dos gotas de sudor sobre el labio.

—Hay una sala, un poco más tranquila, donde puede esperar, si lo desea, antes de su... —parpadea varias veces— «presencia».

Ella asiente con la cabeza cuando se aleja. Pasados unos instantes, emprende el camino hacia el escenario. En el extremo derecho, flanqueado por unos altos biombos negros, encuentra un pasillo y agradece entrar en él. El bullicio del salón de baile se amortigua de inmediato: las carcajadas y el runrún de la testosterona quedan atenuados hasta convertirse en un zumbido silencioso que puede llegar a pasar desapercibido. Se detiene en la oscuridad y respira hondo, se lleva la mano a los tensos músculos de la nuca, levanta la barbilla y serena sus nervios.

De repente siente un cosquilleo en la piel.

Alguien la observa.

Puede sentirlo como si se tratase del suave roce de unas uñas.

—Me alegro de volver a verla, señora Lightfoot.
El cosquilleo desaparece. Reconoce esa voz ronca. Se da la vuelta.

—Jefe Cornwell.

Sus hombros se tensan.

—Me ha sorprendido.

—Probablemente no debería hacerlo, ¿verdad?

Levanta una ceja, pero no llega a sonreír. Tom Cornwell nunca ha sido un tipo sonriente; no lo fue cuando capturó a Henry, ni cuando acusó a Beverley de saber más de lo que decía.

—¿Cómo le va?

—Ya sabe...

Ella se limita a encogerse de hombros.

Él asiente con la cabeza y se pasa los dedos por ambos lados del bigote.

—Bueno, ¿está lista para esto?

Señala el escenario.

No, es lo que desea responder. Nunca estará lista. Pero si no lo hace, tanto él como los demás seguirán sospechando que protegió a Henry, que encubrió sus crímenes desde mucho antes de que salieran a la luz.

—Supongo que lo estoy en este momento tanto como pueda llegar a estarlo en un futuro.

Se imagina allí arriba, frente a todas esas caras que la escrutan, y se tiene que apoyar en la pared para mantenerse en pie.

—Es algo bueno esto que está haciendo.

Cornwell frunce los labios brevemente, como si le costara ser educado.

—Va a ser algo que ayude a mucha gente.

—Claro.

Cierra los ojos. Es el modo de combatir la parte de sí misma que quiere salir corriendo por el pasillo hasta volver al aparcamiento. Pero no tiene tiempo para fantasías de fuga. Cornwell mira su reloj justo cuando el chirrido de un micrófono que acaba de conectarse rompe el silencio.